

LA HIJA
ANNA
GIURICKOVIC



narrativa
salamandra

La hija
Anna Giurickovic

ISBN edición en papel: 978-84-9838-935-7

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-55-5

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero
2019

Título original: *La figlia femmina*
Traducción del italiano: Irene Oliva Luque

Ilustración de la cubierta: Pierre Mornet

Copyright © Fazi Editore srl, 2017
Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary
Agency
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Sala-
mandra, 2019

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11
99

www.salamandra.info

A mi madre y a mi padre

*Y hasta estar aquí, ahora,
me resulta lejano.*

SILVIA BRE, Marmo

ÉSTE ES MI PAPÁ

Un entramado de calles de fiesta alrededor de la mezquita. En el zoco, el ambiente es más fresco y no tan viciado. Es septiembre. Los niños gritan, ríen, corretean entre burkas, velos de color pastel, turistas ricos, gente pobre. Se aglomeran en torno a un bazar, ante una tienda que vende artículos religiosos, ante una librería. Un hombre da un bocado a un *baghrir* y lo paladea como un niño. Un muchacho bebe a sorbos un té con menta y se las da de adulto. Maria tiene cinco años, observa las calles iluminadas y saborea un higo. La oración comunitaria en la mezquita principal ha terminado, y hay un ininterrumpido ir y venir de personas, de familiares y amigos que intercambian saludos, postales conmemorativas, regalos. Todo el islam está de fiesta por el Eid al-Fitr, que marca el fin del Ramadán. Tres merecidos días de premio después del ayuno. Los padres de Maria son italianos y sólo llevan unos años viviendo en Rabat, pero aun así les gusta participar del clima alegre de la comunidad. Ella camina de la mano de mamá, que le consiente probar todo lo que pide. Papá le explica a una pareja francesa el sacrificio de Abraham. Es un hombre corpulento, alto, guapo. Maria se da cuenta de que, al pasar, la gente lo mira con respeto y busca su atención. Sabe que es un hombre importante, un diplomático que trabaja en la embajada italiana de Marruecos. Le gustaría arrancarle un rizo naranja de la cabeza y guardarlo en una cajita para poder decir: «Éste es mi papá.»

—«Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el ángel de Jehová le dio voces

desde el cielo y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada. Porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único hijo.»

Maria está absorta en sus pensamientos. Es la única hija de su padre, y si un día él la atase y la pusiese sobre un altar con leña al lado, ella no se sorprendería. Se imagina que él lo haría mirándola fijamente con sus ojos negros y severos, a través de sus pestañas cobrizas. Ella le acariciaría un rizo de la melena naranja, que siempre tiene ganas y miedo de tocar. Pensaría que, si papá lo hace, está bien. Le gusta escuchar su voz mientras va de la mano con mamá: se siente protegida. Él tiene una voz profunda, sin ningún asomo de duda.

Unos días atrás, Maria había insistido en que su madre durmiese con ella. Había dormido con un sueño profundo, sereno, reparador. Había soñado con Italia, con Roma, con la casa de los abuelos, con la abuela, que le sirve el té en una bandeja y se sienta a su lado.

—Abuela, ¿me das también galletas?

—Pero, Maria, si las galletas están aquí.

En la bandeja, sin embargo, sólo hay una taza de porcelana llena de té. La abuela mira a su nieta y la invita a comerse las inexistentes galletas. Maria finge coger una, pero entre sus dedos no hay más que la inconsistencia del aire. Se siente tonta y le entran ganas de llorar. Se lleva la mano a la boca y sus dientes se tocan sin haber mordido nada. Sigue masticando el vacío hasta que un dulce y delicioso sabor a miel y almendras se extiende por su boca. La abuela sonrío y ella se despierta. Es por la mañana, temprano, y su mamá ya no está junto a ella.

La noche después de haber soñado esto, Maria se había quedado despierta y había luchado contra el sueño para vigilar que su madre siguiese allí, a su lado. La había abrazado con fuerza y había usado su pecho como almohada. Al final, su padre decidió intervenir:

—Aprende a estar sola de vez en cuando —le dijo.

Es la hora de la puesta de sol. Maria, su madre y su padre se despiden de la pareja francesa y se marchan del zoco, alejándose de la medina. El cielo está teñido de rosa, con pinceladas de color amarillo canario que persiguen al sol mientras desciende detrás de un árbol, detrás de una casa, bajo la línea del horizonte. Ya es de noche. Y esta noche mamá no dormirá con Maria. Papá la espera en la cama para contarle un cuento. Ella está en el baño celestial, el de los espejos, y lleva media hora lavándose los dientes. Primero de derecha a izquierda, luego de arriba abajo. Le ha salido sangre de las encías, así que se enjuaga y hace gárgaras mientras entona una canción: *La vie en rose*. Se ríe. En la cocina, mamá ya ha acabado de meter en el lavavajillas los platos sucios de *pastela* y cuscús. Entra en el baño, la coge en brazos y le hace cosquillas, y Maria intenta zafarse entre risas. La acompaña al dormitorio, le da un beso a ella y otro a su marido y les desea buenas noches, dejándolos solos. Su padre lleva la túnica de lino de color gris paloma que usa como bata, y la observa mientras se mete en la cama. Ha comenzado a leer y ella lo escucha.

—«¿Por dónde he de empezar mis lamentos? ¿Te desdijiste de que tu hermana te acompañase en tu muerte?»

Maria se bebe aquellas palabras, se apasiona por la lectura.

—No todas las niñas sabrían apreciar lo que te leo. Eres especial, Maria, eres una niña muy especial.

Maria cierra los párpados dejando que penetre en ella la potente voz de su padre, que resuena en la habitación, entre las alfombras marroquíes y las tulipas de papel. Es especial, una niña muy especial. Su padre la observa con el rabillo del ojo. Tal vez quiera asegurarse de que está atenta, de que no se duerme. Entrecierra el libro dejando un dedo en medio para marcar la página. Se inclina sobre su cabeza, le besa la frente en el nacimiento del pelo, donde el vello rubio de los niños se perla de sudor. Una mano fría

recorre su cuerpo, le hace cosquillas en el costado. Ahora se introduce por el elástico del pantalón corto de algodón fino para tocarle el vientre. Ella se retrae por instinto, le tiembla el labio superior. No quiere contrariar a su papá; es una niña especial, muy especial. El hombre deja el libro, apaga la luz y Maria ve desaparecer en la oscuridad los reflejos rojizos de su pelo. Su cuerpo se acerca al de la niña. Se emociona ante el contacto de su piel delicada, deja caer sobre ella todo su peso y Maria contiene la respiración. No consigue inflar el tórax, se mantiene en apnea. Las manos de su padre se deslizan dentro de las braguitas, y ella experimenta una sensación extraña, de calor y de tristeza. Escucha esa sensación, que tanto se parece a aquella canción: «*Quand il me prend dans ses bras, il me parle tout bas, je vois la vie en rose.*» Recuerda la letra. Es la canción favorita de mamá. La ventana está entreabierta y una brisa ligera mueve las cortinas. Mamá dice que están hechas de una tela muy cara. El padre acaricia sus partes más ocultas, primero lentamente, luego con decisión. Ni rastro de nubes: el cielo está estrellado. El cuerpo de un hombre que se estremece y se mueve crea ese calor que Maria no conoce, que no debería conocer. Luego se detiene, se abandona. Ella no sabe por qué, no sabe qué sucede, pero no tiene el valor de preguntarlo, de preguntarle a su madre el significado de aquella noche. Papá se recompone la túnica y le desea buenas noches. En esta ocasión no le da un beso, se marcha deprisa. La puerta se cierra. Maria permanece inmóvil unos minutos, luego comprueba que todo esté bien, se recoloca el pijamita y se acurruca sobre un costado, hecha un ovillo. Enciende la lamparita e intenta conciliar el sueño: ya no tiene miedo.

¿TE ACUERDAS DE LAS FLORES?

Hoy Maria tiene trece años, los rasgos marcados, el pelo largo y moreno. Sus ojos son pequeños pero vivaces, y algunas veces tienen un aire severo. Otras, en cambio, parecen ingenuos e indefensos. En esos momentos no puedo mirarla o se me rompería el corazón dentro del pecho. Justo después de los acontecimientos que dieron un vuelco a nuestra vida, regresamos

a Roma. Maria no duerme nunca. De noche pasea a oscuras por el pasillo y, sin ser consciente de la relación que existe entre su cuerpo y el espacio, choca con las paredes y se oye un ruido. Algunas veces se hace daño y maldice. Hace unos días se golpeó la cara con la pared que hace esquina entre la zona de los dormitorios y el comedor, y lanzó un grito de rabia. Serían las cuatro de la madrugada cuando la levanté del suelo: tenía la cara cubierta de sangre porque el marco de un cuadro se le había clavado en la carne, por encima del pómulos. Como cada vez que se hace daño, yo estaba aterrorizada, no era capaz de mirar la herida sin sentir dolor, como si yo misma tuviese un trozo de madera incrustado en el rostro, y pensé: «Ese ojo es mío, ese precioso ojo lo he hecho yo.» Se limpió ella sola la herida y no quiso que le dieran ni un puntito de sutura; se acostó y no volvió a salir de la cama hasta por la mañana. La mayoría de las veces, sin embargo, tropieza con los obstáculos con lentitud, como un cuerpo muerto que se arrastra abriéndose hueco donde apenas hay espacio. No sé qué es lo que va buscando, si no duerme porque está inquieta y tiene miedo, o si, por el contrario, la noche, el oírme respirar profun-

damente mientras duermo, el silencio y la casa que parece vacía le infunden una serenidad a la que no puede resistirse. A menudo oigo el ruido de los platos, de los cajones que se abren y vuelven a cerrarse sin ninguna delicadeza. A la mañana siguiente, los cacharros están sucios y todo lo que antes estaba en orden me lo encuentro patas arriba.

Maria conserva la mirada dulce de cuando era niña, pero en sus respuestas feroces, que con frecuencia me hieren y hacen que me sienta mal, reconozco una gran desconfianza hacia los demás. Si le ofrezco mis abrazos, me mira con fastidio y se escabulle molesta, aunque tengo la sensación de que en cuanto pronuncia el primer «no» ya se está arrepintiéndose. Necesita mis abrazos como una medicina. Hace siete años nos mudamos de nuevo a Roma para fingir que el pasado no había existido. Necesitaba lugares distintos que no cargasen con el peso de lo ocurrido, para que mi hija se criara lejos de los abusos cometidos y sufridos. Pero es como si el pasado flotara más allá del espacio y se colara con malicia en los instantes que hubiéramos preferido reservar para la alegría.

Por la mañana, temprano, me voy al bar, así tengo tiempo de sobra para leer el periódico delante de un capuchino. Si me levanto pronto, doy un paseo y bajo por las escaleras del puente de Sant'Angelo. Camino por las orillas del Tíber, que discurre denso con sus aguas de color verde botella. Quizá tiene ese color por la contaminación. O tal vez por los altos plátanos, que curvan sus frondosas ramas hacia el río y se reflejan en el agua. En el fondo, hasta lo feo puede parecerme bonito si lo miro con buenos ojos. Paseo. El sol todavía es tenue, apenas asoma entre las ramas. Dentro de poco pegará fuerte y las murallas de travertino cambiarán de color. Ahora son opacas, pero en breve se manifestarán en toda su belleza, majestuosas y blancas, y una vez más pensaré: «Eso es, esto es Roma.» ¿Maria se habrá despertado ya o se quedará en la cama hasta el mediodía? Podría comprarle un cruasán y prepararle un zumo

con un par de naranjas, abrir los postigos y decirle: «Buenos días, cariño, fuera ya es verano.» Sigo caminando un poco más por el embarcadero, tal vez llegue hasta el puente Milvio y juegue a reconocer los árboles. Ése es un saúco negro, ese otro, un olmo silvestre. En esa zona la vegetación es más abundante, podría tumbarme sobre una de esas dunas de hierba y dejar que el sol me diera un poco en la cara. Eso me sienta muy bien. Si además veo algún cormorán, ¡mejor que mejor! Ayer por la mañana, por ejemplo, me pareció ver una pareja de martines pescadores, con sus lomos celestes. Y cuando uno de ellos echó a volar, haciendo una amplia pirueta para después regresar a la rama —a saber a quién querría impresionar—, vi en sus alas unas preciosas iridiscencias verdes y pensé: «Dios mío, qué bonito, ¿quién querría volver ahora a casa?» Pero hay que volver a casa y, si además tienes a alguien que depende de ti, no cabe otra que volver a casa, nada de quedarse remoloneando por el mero hecho de haber visto un pájaro de alas bonitas, o un gorrión o una corneja. Y entonces me doy la vuelta para regresar, aunque sin poder evitar la sensación de que en el fondo mi lugar está ahí, donde el Tíber es salvaje y donde, al pasear, ya no pisas el mármol travertino, sino montones de ramas y barro. Ahí donde te miras los zapatos mojados y piensas: «¿Sabes lo que te digo? Que ahora mismo me los quito y camino descalza y, si no hace demasiado frío, incluso chapotearé un poquito.»

Si me doy prisa, tal vez llegue antes de que Maria se despierte y pueda llevarle el desayuno a la cama, así me sonreirá y yo también me pondré contenta. Apenas son las nueve, seguro que aún no se ha despertado, como mucho hará una o dos horas que habrá conseguido conciliar el sueño. Y sólo faltaría que me regañase. Vuelvo a mirar hacia el río, e imagino que veo a una niña de melenita negra con piedrecitas en la mano. Patalea, quiere quedarse un poco más y lanzar todas las piedras hasta que al menos una

de ellas rebote dos o tres veces sobre la superficie del agua, pero su madre parece estar harta y quiere limpiarle las manos. El río de mi recuerdo es muy distinto al Tíber. Es de un celeste pálido y se encrespa cuando pasa la barquita de remos, pintada de rojo y amarillo. Sentadas en un banco, hay dos mujeres con el pelo cubierto. El mantillo es rojizo, como una puesta de sol, y los chillidos de las gaviotas se confunden con el ruido de los coches que pasan por la calzada cercana. Reconozco ese río,

es el Bu Regreg, y la niña no puede ser otra más que Maria: tiene los ojos negros como aceitunas y una energía inagotable. Y ésa soy yo, con el cabello abundante y moreno, muy corto, como lo llevaba hace unos años. Estamos esperando a mi marido; ha ido al zoco de al lado a comprar un par de *baghrir* de queso de cabra que compartiremos. Recuerdo aquella tarde como una fotografía. Por la noche, Giorgio iba a volver a Roma para a visitar a su madre, que se había roto la cadera y no podía moverse. Normalmente era ella la que venía a Rabat. Le encantaban Marruecos y sus colores, y decía que, en cuanto bajaba del avión y ponía un pie en el suelo, podía oler el perfume de esta tierra. Sobre todo el olor a hierbabuena, porque así es como huele el té que los marroquíes beben en todas las comidas, en cualquier estación y momento del día. Era guapa Adele, se parecía a Maria, con aquellos ojos azabache y los gestos elegantes. Nunca se cortaba el pelo, lo llevaba recogido en un moño blanco que le caía lacio sobre la nuca. Cuando callejeaba por Rabat, en busca de telas bonitas para llevarse a Italia, siempre encontraba a alguien que la invitaba a un té en cada tienda en la que entraba.

—Ni se me ocurre rechazarlo, aquí se ofenderían, ¿sabes? —me decía siempre para excusar sus retrasos.

Nosotros allí, esperándola para cenar, y ella tomando un sorbo aquí y un sorbo allá, y preocupándonos porque el cielo se oscurecía y al fin y al cabo no dejaba de ser una mujer de cierta edad. Muchas veces me quedaba sola, y

cuando Adele venía a visitarnos la casa era una auténtica fiesta. Algunas tardes Maria fingía estar enferma para no tener que ir al colegio, y las tres «jugábamos» juntas a preparar el té. La abuela, ataviada de negro con un vestido largo hasta los tobillos, un collar de perlas sobre el pecho y el pelo recogido, nos advertía:

—No es ningún juego, es una cosa muy seria. Estamos haciendo el ritual del té. —Y diciendo esto, ponía el agua a hervir y le pedía a Maria que preparara la tetera. En cuanto hervía el agua, Adele vertía un dedo sobre las hojas de té, para que se abriesen bien, y después colaba el líquido y añadía más agua, que volvía a poner al fuego.

—Pero ¿cuántas veces la hierves? —le preguntaba yo.

—Es un ritual, es un ritual, ¡a ver si ahora vas a venir tú a cambiarlo!

Adele vertía el té en un vasito «desde una altura de treinta centímetros, para que el azúcar se disuelva bien», según explicaba, y luego devolvía el contenido a la tetera y repetía la operación varias veces. Al verla hacerlo una y otra vez, yo me exasperaba, y Maria me regañaba:

—Basta ya, mamá, el ritual del té es así. La abuela lo ha aprendido de un señor que lleva turbante y una barba larga; ¡el ritual no se puede cambiar!

La bebida tenía un sabor único. Yo a veces machacaba unos cuantos pistachos y los añadía a los vasitos. O le decía a Maria que amasara sémola con almendras molidas muy finas y azúcar glasé para hacer *ghoriba*, que luego, cuando las mojábamos en el té, se ponían blandas y se impregnaban de líquido.

Cada vez que mi marido se marchaba, la angustia se apoderaba de mí. Era como si de golpe todo fuese demasiado pesado para mis hombros, hasta las cosas más nimias: llevar a mi hija al colegio, preparar la cena. Me sentía cansada, temía que pudiese surgir algún imprevisto. Si las

maestras se quejaban de Maria, sentía que la situación me desbordaba. Me estoy equivocando, ¿en qué me estoy equivocando? Si estaba sola, apenas podía dormir. A menudo iba corriendo hasta el dormitorio de Maria por miedo a que se la hubiesen llevado, y ella se despertaba con los ojos somnolientos y me decía:

—Estoy bien, mamá, estoy aquí.

Tenía sólo cuatro años e intentaba tranquilizarme. A una madre se le exige seguridad, pensaba yo, y en cambio me siento como un alga unida por un hilo al fondo marino; un alga que baila de un lado a otro en el agua, temiendo que la próxima ola fuera la última para ella. De niña solía llorar cuando mi padre me dejaba en el colegio. Y si alguien me hacía una pregunta, respondía en voz baja y me ponía roja hasta la punta de las orejas. Siempre supe que no haría nada importante en la vida, que llevaría una existencia modesta y que, sin demasiados paños calientes, me marcharía con una muerte intrascendente en el momento justo. Todos dirían: «Ah, era una buena mujer. Sí, era una buena mujer», porque eso es lo que se dice de una mujer que acaba de morir y de la que nadie tendrá motivo alguno para acordarse. Giorgio nunca fue un hombre afectuoso, pero parecía íntegro. Tenía un tono autoritario que yo adoraba —sí, no me avergüenza admitir que lo adoraba, y mucho—, y si decía sí o no, quería decir exactamente sí o no, nunca otra cosa. Reflexionaba largo y tendido sobre cualquier asunto, y cuando tomaba una decisión, la llevaba hasta sus últimas consecuencias y alcanzaba todos

los objetivos que se había propuesto. Todos hablaban bien de él y, al mismo tiempo, se sentían intimidados. Sus palabras nunca eran amables, sino tajantes y estudiadas de la primera a la última sílaba. El tono de su voz y el timbre se adaptaban a ellas a la perfección. Aun así, de alguna manera seguía siendo un niño. Toda aquella rigidez era sólo para protegerse. La dureza y el cumplimiento a rajatabla de las

normas eran la jaula que se había construido para encerrar al monstruo.

Qué guapa está hoy Maria. Lleva un vestido de flores con un cinturón que rodea la cintura de avispa. Sus caderas son estrechas, su espalda blanca y menuda. Se ha recogido el pelo con un pasador y por fin puedo verle toda la cara. Está radiante, ¿es que piensa salir? Se ha pintado los labios de un rojo claro y, con esos ojos tan negros y vivos, ningún hombre podrá evitar fijarse en ella. El cielo está cargado y temo que se ponga a llover. Si sale así, vestida de punta en blanco, se le mojarán los zapatos y se le encrespará el pelo sobre la cara, el maquillaje se le correrá y parecerá una bruja. Ojalá salga el sol, un rayo o dos, aunque sea una luz pálida, con tal de que le dure el buen humor.

—Salgo a desayunar.

—¿Puedes pasar por el mercado y comprar habas?

—Vale. ¿Cuánto compro?

—Lo que te parezca. ¿Vuelves a casa para comer? He invitado a Antonio.

—¿Antonio, tu amiguito? —Me mira con cara de listilla.

—Como insiste tanto en conocerte, he pensado que hoy, domingo, podía ser un buen día, ¿no crees? Si no te apetece...

—Sí, es un buen día.

Camina hasta la entrada, parece contenta de verdad. Tiene un porte desgarbado y, aun así, su larga figura le confiere un aire elegante. Incluso esa forma que tiene de balancearse es agradable a la vista, como si nadase cansada para ir de una roca a otra. Se detiene delante del gran espejo de pared que hay en el recibidor, se alisa la falda a la altura de las caderas, se echa el pelo hacia atrás. Ese espejo es uno de los pocos muebles que nos trajimos de Rabat a Roma, además de alguna alfombra. Un objeto de una belleza inigualable. El marco de madera de cedro está tallado a mano, con incrustaciones de resina blanca. Tiene for-